

EL ARTE DE TEJER Y LA EXPERIENCIA ESTÉTICA DE UNA MESTIZA EN BERLÍN

THE ART OF KNITTING AND THE AESTHETIC EXPERIENCE OF A MIXED RACE LADY IN BERLIN

Graterol, Deisy

Universidad Centro Occidental Lisandro Alvarado, UCLA
Venezuela

Resumen

El presente trabajo surge de la experiencia personal de la autora nacida en los Andes venezolanos y sometida a un proceso de migración desde Ecuador, pasando por los Andes peruanos hasta llegar a la ciudad de Berlín en Alemania. En este proceso de mestizaje cultural se conecta en tiempos de pandemia covid-19, con el tejido como herencia ancestral y lo revaloriza como experiencia estética. El relato autobiográfico, como recurso metodológico, presenta la experiencia logrando su resignificación en cuanto a las relaciones, valores y producciones de sentido del tejido y su valor estético en el bosquejo de subjetividad femenina. El tejido se aborda en el presente estudio desde dos perspectivas: a) como experiencia estética mediante la contemplación y la experimentación de la belleza como necesidad del espíritu; b) como narrativa en el texto “Pañuelito blanco” productor de sentido y portador de un mensaje que da cuenta de la experiencia estética de una mestiza en Berlín. Se reflexiona además sobre los criterios estéticos como fundamento filosófico desde la perspectiva de Foucault (1994) que dan sentido a la existencia humana en la que cada sujeto asume su propia vida como obra de arte definiendo sus propios criterios de belleza desde la libertad de experimentar el placer en la vida. Se presenta la mujer como sujeto de la estética de la existencia, capaz de valorarse a sí misma y a los demás mediante su fuerza creadora en el tejido.

Palabras clave: Tejido, experiencia estética, relato autobiográfico, estética de la existencia.

Abstract

The present research comes out from the personal experience of the author who was born in The Venezuelan Andes (a range of mountains in South America), and who also was taken on a migration process from Venezuela to Ecuador, then to the Peruvian Andes to end settling herself down in the city of Berlin, Germany. Throughout this process of cultural mixed race, the mentioned author connects herself with the art of knitting as an ancestral heritage from her “Fairy Godmother Hilda”-during the times of Covid19 pandemic-to value it like an aesthetic experience. Furthermore, the autobiographic history of life is seen as a methodological resource that gives meaning to the relations, values, productions of sense of the art of knitting and its aesthetic sketch of the feminine subjectivity in itself. Due to this fact, the art of knitting is being taken under two perspectives: a) like an aesthetic experience through the consideration and undergo of beauty as a need of the spirit. b) like a textual narrative in “Pañuelito Blanco”(white little handkerchief), to generate full sense and to carry out a message from the inner aesthetic experience of “I”: The Mixed Race Lady in Berlin. It is also assumed that the aesthetic criteria is a philosophical foundation from the study of Foucault (1994), that produces a sense of humankind into each being who lives his/her own life like a piece of art ;defining his/her own beauty criteria for the freedom of experimenting the pleasure of life as a whole. To sum up, the woman, the feminine, the lady is a subject of the aesthetic of existence, able to value herself and the others around with her creative force into and for the art of knitting.

Key words: The art of knitting, the aesthetic experience, mixed race.

*Residenciada actualmente en Berlín, Alemania. Estudiante Universidad de Guanajuato Doctorado Iberoamericano en Teorías estéticas. Doctora en Ciencias de la Educación, Universidad Fermín Toro, UFT. Edo. Lara, Venezuela. Facilitador en Psicolingüística, Instituto Venezolano de Psicolingüística, IVEPSI. Edo. Lara, Venezuela. Magister Scientiarum en Educación Mención: Gerencia Educacional, Universidad Pedagógica Experimental Libertador, UPEL. Barquisimeto, Venezuela. Profesora en la Universidad Centro Occidental Lisandro Alvarado, UCLA, Venezuela. También en la Universidad Nacional de Huancavelica UNH, Facultad de Educación. Departamento de Humanidades. Perú. <https://orcid.org/0000-0002-9132-2309>. E-mail: deismar01@hotmail.com

Finalizado: Berlin (Alemania), Agosto-2021 / **Revisado:** Septiembre-2021 / **Aceptado:** Noviembre-2021

Hoy en día se entiende la belleza como sinónimo de moda, los procesos de obsolescencia, la aceleración de los ritmos de la vida y los efectos de la globalización nos confrontan con el espíritu contemplativo para apreciar la belleza. En esta época tardo moderna, normalmente la belleza no la pensamos como una condición interior del ser humano, (la belleza del corazón), no la percibimos como una dimensión espiritual del individuo sino como un aspecto externo al ser. Aunque la belleza se expresa primeramente en la forma, por ser lo primero que impacta nuestra percepción, contiene además el aspecto metafísico; lo *bello* en la tradición aristotélico-tomista es considerado como una de las propiedades trascendentales del ser, junto a la unidad, la bondad y la verdad

La revalorización de la experiencia estética desde el tejido realizado por una mujer mestiza que vive en Berlín, es el principal objetivo del presente trabajo. Para ello, el relato autobiográfico se presenta como un recurso metodológico para presentar mi experiencia y lograr su resignificación en cuanto a las relaciones, valores y producciones de sentido del tejido y su valor estético en las producciones de subjetividad femenina.

El proceso reflexivo sobre la existencia humana puede realizarse desde el relato autobiográfico y en este caso se pretende reflexionar sobre el tejido realizado por una mujer que soy *yo*, desde mi propia historia personal. Mediante el ejercicio de la escritura sobre *sí misma* con miras a lograr la configuración de subjetividad o forma de ser mujer para trascender a otras subjetividades. Juliao (2021) refiere el relato autobiográfico, junto a las confesiones, diarios, cartas, entre otras como las llamadas “técnicas de sí” y destaca que el saber contenido en este recurso metodológico, no solo es de carácter individual, custodiado por el propio individuo quien escribe el relato, sino que también permite la construcción social de la realidad y del mundo permitiendo hacer un bosquejo de la subjetividad social.

La realidad social es una construcción permanente y nunca terminada, por esta razón resulta importante explorar nuevas rutas o propuestas para la obtención del conocimiento desde la vida misma, incluyendo la comprensión de la filosofía en su dimensión práctica. La narración autobiográfica, como práctica filosófica narrativa, es un camino fértil para la revalorización e interpretación de la realidad, aunque existe cierta dificultad o resistencia para la aceptación de este método sustentada en posturas de inclinaciones muy academicistas.

El relato autobiográfico supone la reconstrucción de la experiencia vivida por el individuo como producto de su socialización. Según Stein (2003) A lo largo de la vida continuamos acumulando experiencias y como seres humanos estamos en continua formación, como obra perfectible por lo tanto, el presente relato autobiográfico constituye una interpretación del tejido como experiencia estética en un momento determinado de la vida como mujer en la que predominan patrones interpretativos particulares en coherencia con los procesos de integración y adaptación en sociedades distintas a la de origen e inmersión en un proceso de migración desde mi lugar de nacimiento Trujillo, en Venezuela, Ecuador y Perú para llegar finalmente a Alemania, a la ciudad de Berlín.

El tejido como experiencia estética se aborda en el presente estudio desde dos perspectivas. En primer lugar, la experiencia de tejer como la capacidad humana de integrar lo bello mediante la contemplación y la experimentación de la belleza como necesidad del espíritu en la experiencia de mundo de la autora; y el tejido como narrativa en el texto “Pañuelito blanco” que da primacía al “*mismo*” en la teoría de Ricour (2006), alguien o *yo*, que relata su historia y que puede ser atribuida potencialmente a *otro* distinto de *mi*. De este modo, presentado el relato autobiográfico y el texto textil o tejido como narrativa, se dibujará la experiencia estética de una mestiza en Berlín.



Autor: Deisy Graterol. Año: 2021. Título: Pañuelito blanco

Mediante el relato autobiográfico presentado a continuación se indaga en la respuesta a la cuestión de “quien soy” y de “cómo he llegado a serlo” desde las prácticas artísticas textiles. El esfuerzo sincero y verídico que he realizado para contar mi historia y la de las mujeres de la familia al utilizar las agujas y los hilos no solo para vestir, remendar o decorar sino para repararse a sí mismas, como ejercicio meditativo de acercamiento al amor y al placer que pareciera negado en la vida. Esta experiencia, como experiencia estética en la práctica de arte textil y en especial del tejido a ganchillo, es convertida en relato autobiográfico, Ruiz (2014) citando a Lejuene.

Mi relato comienza con Juana Paula, mi bisabuela, punto de partida como “fundadora” de una familia de mujeres bastas y suficientes. Juana Paula era oriunda de Santa Ana de

Trujillo, pero se radicó en Torococo un pueblo del estado Trujillo, puerta de los andes venezolanos. Ella junto a mi abuela Rosario, se trasladaron de Santa Ana de Trujillo hacia Torococo para hacer una nueva vida luego de la separación de su esposo Miguel quien era el Juez de Santa Ana. Juana Paula era una mujer importante en la sociedad de aquella época, cien años atrás, en las que las mujeres no se podían divorciar y menos abandonar a su esposo dejando con él a sus hijos como ella lo hizo.

Creo que fue Juana, la primera mujer feminista de la familia, quien por apoyo a mi abuela Rosario decidió comenzar una nueva vida en Torococo. Esta historia era un secreto a voces, un enigmático misterio, pues a Juana Paula nunca jamás se le escuchó hablar de su pasado de mujer casada, ni de su esposo, mi bisabuelo, a quien conocí ya de adulta, en una

foto de cuerpo entero que mi abuela Rosario me mostró de su padre muy elegantemente vestido con traje de sombrero, tal como viste un Juez de la época. Rosario, mi abuela, no lo volvió a ver nunca jamás pues él la había defenestrado por tener una familia sin estar casada.

Así fue como mi historia personal, se comienza a tejer, en torno a la vida de las mujeres de mi familia cercana: Juana Paula, la bisabuela; Rosario, la abuela y Celina, mi madre. Tres mujeres, tres generaciones con historias muy parecidas y con rasgos comunes que marcaron mi existencia: la figura difusa del hombre-esposo para salir adelante con los hijos y las labores textiles como medio de reconocimiento de sí mismas, del amor y del placer para vivir sus propias vidas.

Torococo, fue el lugar de los andes elegido por Juana Paula para fundar la nueva familia. Ella con su hija Rosario y mi madre Celina, quien era la mayor, se radicaron en este pequeño pueblo puerta de los andes venezolanos; siempre dije que yo vengo de un solo pueblo, de una sola calle. Durante mi niñez, la presencia del hombre como cabeza del hogar, no se percibía como estable y creo que tampoco como necesaria. Siempre vimos a Juana Paula salir adelante sola, con laboriosidad y por sus propios medios. Rosario en cambio, era visitada por mi abuelo de vez en cuando y fue el padre de sus siete hijos. Según contaba mi madre con gran admiración, su padre era un personaje importante en la sociedad trujillana. Un luchador social y político que por estas nobles causas no podía vivir en la casa, con su familia porque se dedicaba a la lucha contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez.

Juana Paula, Rosario y mi madre eran tres mujeres de tres generaciones diferentes que se apoyaban de manera independiente, cada una compartiendo su propia historia personal muy parecida. Fue Juana Paula, según mis recuerdos, la iniciadora de las labores textiles en la familia, ella decía que tenía esto “en las venas” como herencia de las

mujeres de su familia: “nosotras las Arriaz... , decía, traemos el arte de la costura, el tejido y el bordado en nuestras venas”, y nos contaba sobre sus hermanas las Arráiz nacidas en Santa Ana de Trujillo.

Juana Paula, era una mujer versátil, para ella era un acto tan tierno ordeñar una vaca como hacer el pan o amasijo o hacer primores con tela y bordados. Sus manos se fueron poniendo anchas del trabajo duro con las vacas, el becerro y la piedra de moler el maíz para las arepas. Pero dentro de ella vivía el espíritu de la mujer delicada, la de manos artistas creadora con los hilos y las agujas. Ella era una fina modista, especialmente en trajes para hombres. Pasaba de ser ordeñadora de vacas, panadera, a fina modista o perfecta sastre cosiendo trajes para hombres del pueblo.

La recuerdo desde niña con su máquina Singer, “la negrita” como se le solía llamar. Una máquina muy hermosa que hoy sería un objeto de colección. Ella, Juana Paula es la mujer referente de mi subjetividad femenina, una mujer capaz de salir adelante sola con la laboriosidad de sus manos. Ella me enseñó sin palabras a amar las telas y los hilos, a amar la naturaleza y a tener un corazón alegre ante todas las circunstancias.

Ella me alimentaba la fantasía y la imaginación con sus telas que atesoraba en viejos armarios. Eran telas traídas de distintos lugares, algunas de ellas obsequio del esposo de una prima que vivía en Cuicas, casada con un inmigrante griego llamado Sócrates, dueño de tiendas y telares en Caracas. Todavía la escucho en mi mente decir: “estos gobelinos me los trajo Sócrates”, y mi mente comenzaba a crear fantasías imaginando un gran barco de vapor que venía de lugares lejanos, Europa o África cargado de rollos de exquisitas y hermosas telas de seda, lino y algodón.

Desde muy niña aprendí a diferenciar el algodón de la seda, a distinguir la calidad de los gobelinos, la pureza de la organza, el entramado del lino y tenía una preferencia

especial por las telas bordadas y la batista de algodón perforada porque me evocaban el romanticismo y el amor en su máxima expresión. El tacto suave con mis dedos pequeños me hablaba del material de la tela, la información sobre su calidad y su procedencia. Hasta hoy en día me apasiona visitar las tiendas de telas solo para tocarlas y recordar mi origen, mi lugar de nacimiento, la casa de la abuela y el olor a guardado de aquellas telas atesoradas por mi doble abuela Juana Paula. Esta información no solo me susurra al oído el material de composición de la tela, si es de seda, lino o algodón, sino que me recuerda lo basta, fuerte y amorosa que era la mujer que le dio forma a mi amor por el arte textil y a la mujer que hay hoy dentro de mí.

La casa de Juana Paula no estaba lejos de la casa de mi madre y la visitábamos casi todos los días. Mi madre decía que de ella, había aprendido las primeras lecciones de costura. Yo también aprendí de mi madre, mirando cuando ella cosía. Luego cuando era más grandecita, me daba permiso para usar la “negrita” de Singer, su máquina de coser de pedal que estaba puesta frente a la ventana para que le entrara la luz. Ella me permitía utilizar los retazos de las telas sobrantes que ella misma organizaba en un ritual formando rollitos de telas bien amarrados, clasificados perfectamente por tamaño y por colores. Los guardaba celosa y minuciosamente en una funda de almohada. Yo pasaba horas y días completos jugando con estos recortes de telas, sobrantes de los vestidos confeccionados para ocasiones especiales o para manteles, cortinas o sábanas. Cada uno de estos retazos de tela evocaba un recuerdo, una historia, un acontecimiento familiar, me hablaban de la unión, la fortaleza y el espíritu de las mujeres de la familia para salir adelante en la vida con amor, uniendo pedazos de telas, tejiendo las historias no solo con hilo sino con el corazón.

A la edad de 8 años mi juego favorito era coser los vestidos para las muñecas de trapo que yo misma hacía con los retazos de tela encontrados amarrados en los rollos

de la bolsa de la funda de almohada. Estas fueron mis primeras experiencias estéticas con el mundo de los hilos y las agujas, mis primeros encuentros con lo bello, lo bueno y lo útil de los materiales textiles. Antes de esa edad, cuando todavía no sabía nada de coser las muñecas, solo percibía la belleza de las telas a través de las texturas y de los colores. Mi madre pasaba el tiempo contemplando las telas guardadas y me decía: “este es un algodón muy bueno” y lo tocaba con suavidad varias veces con sus dedos, los rozaba con sus uñas cortas y enseguida yo hacía lo mismo. En mi memoria quedó grabado, hasta hoy, la sensación de la textura de aquel algodón, alimentando también mi espíritu y mi alma.

Así que tocando con inspiración cada tela podía percibir de qué material estaba compuesta, y ahora en esta ciudad de Berlín, me tomo un día de vez en cuando para visitar las tiendas de telas, para transportarme a mi niñez, para viajar con el tacto al pasado con mi madre que vive todavía en Venezuela y que solo veo por video llamadas desde hace cinco años, cuando emigré hacia Ecuador y luego a Perú para llegar finalmente a Alemania. Esa textura me habla, me dice sobre cómo ser mujer, cómo tener la fuerza necesaria para las adversidades y de cómo encontrar la belleza dentro de mí y en mi propia existencia.

Estando ya en la ciudad de Berlín, he conocido una gran variedad de nuevos materiales y por lo tanto una gran variedad de nuevas sensaciones. Un ejemplo de esto, es la textura de las telas o lanas elaboradas con fibras vegetales como el bambú, o exóticas como la lana de camello o la lana de la oveja merina, una lana muy utilizada en toda Europa que proviene de España y el norte de África, todas estas texturas, nuevas para mí, me transportan a las tierras lejanas de mi niñez, a las tierras de mi imaginación de donde vino Sócrates, el inmigrante griego, esposo de la prima de Juana Paula que embarcó desde África, Grecia rumbo a América, proveedor de hermosas y finas telas para Juana Paula.

Esta experiencia o vivencia de contacto con los materiales textiles, en especial el tejido a crochet o ganchillo es lo que en este artículo puedo referir como “experiencia estética”. Para comprender el significado de este término es preciso aclarar lo que es “experiencia” y lo que es “estética”. Ambos desarrollados desde el pragmatismo norteamericano de Dewey, citado por Montenegro (2014), plantea el concepto filosófico de experiencia desde el empirismo, que comienza por una interacción entre el organismo y su entorno con un fin específico.

Una vez la experiencia culmina, el individuo encuentra un sentido a la situación vivida, pudiendo ser inducida o accidental, para iniciar inmediatamente otra experiencia y así sucesivamente formar una cadena continua de experiencias. Mi experiencia de contacto con los materiales textiles desde mi niñez encontró sentido en mi vida, con ella me sentí reconocida, capaz y suficiente como parte de mi grupo familiar, unida a las mujeres que eran importantes para mí, y sentí que mediante el hábito, convertido en una costumbre y una tradición de la creación de lo bello a partir de los textiles y en especial el tejido a ganchillo, me fortalecía en mi espíritu y mi voluntad trascendiendo a una manera de ser en el mundo y de ser feliz.

Este enriquecimiento de mi mundo interior como persona poseedora de un espíritu, es lo que Dewey, citado por el mismo autor, define como estética. Esta mora al interior del individuo, en la mente y le permite deleitarse por lo bello o rechazar lo que no lo es, siendo una cualidad que yace dentro de sí. Además, establece una diferencia entre lo estético y lo artístico aclarando que estética y arte son dos cosas distintas ya que la estética pertenece al plano del espíritu y el arte es el producto final elaborado por el hombre materializado en “la obra de arte”.

La estética, según este autor, se encuentra en la mente del individuo y en su cuerpo, manifestado como un sentimiento, en su imaginación, su criterio consciente o

inconsciente para discernir lo que es o no es bello. Es en la experiencia estética a partir del contacto con los materiales textiles, específicamente con el tejido a crochet o ganchillo, la que llenó mi espíritu de un sentimiento de amor por lo bello, como creación de la imaginación. Es el tejido, como obra o texto textil, el que narra una historia personal que a la vez es colectiva y que dan cuenta del devenir de una experiencia de ser mujer, una mujer mestiza viviendo en la ciudad de Berlín

Marty (2003), siguiendo a Collinson señala que la experiencia estética va más allá de la percepción sensorial de donde se inicia la experiencia, mencionando dos elementos unidos de manera indisoluble: belleza y placer. La tradición filosófica occidental, desde Aristóteles y pasando por Tomás de Aquino a Kant, une la contemplación de la belleza con el placer. Esta contemplación por la belleza de la obra textil y el placer que se experimenta en su creación y realización, son la evidencia de la experiencia estética de la que da cuenta la autora de este trabajo.

Si me detengo hoy día a pensar que mi alma de niña percibía la belleza y el placer en los materiales textiles más allá del tacto, puedo reflexionar sobre la presencia de la estética en la vida común de las personas ya que no habiendo en mi pueblo de los andes venezolanos, museos o salas de arte, pude yo experimentar en la cultura cotidiana e íntima de la casa una experiencia estética que le otorgó para siempre un gran sentido a mi vida. A través de esta pude experimentar lo bello en los materiales textiles y sentir placer conectada con las mujeres de mi familia y de esta manera apropiarme del elemento estético presente en todas las personas como parte de su condición humana, y no solo reservadas a ciertas clases sociales de mujeres pertenecientes a una élite o que viven en ciudades de países desarrollados o países ricos y no en zonas rurales de Latinoamérica.

Esta experiencia con los materiales textiles y en especial con el tejido a ganchillo,

me permite hoy en día, reflexionar sobre la importancia de la estética para la formación de seres sensibles capaces de trascender las limitaciones de la vida y de esta manera conectarnos con la felicidad en lugar de la tristeza y el miedo, especialmente en estos tiempos amenazados tan fuertemente por la pandemia del Covid-19.

Conocí también en los andes peruanos, específicamente en Huancavelica, mujeres artesanas del tejido viviendo una experiencia estética. Allí estuve en contacto con mujeres maestras del tejido, especialmente recuerdo a Fortunita, a Lucía y a la Mamacha, la tejedora mayor quienes fueron mis maestras de la vida y mis compañeras en el silencio y la complicidad del tejido. Me hubiera gustado compartir más a fondo con estas mujeres, pues tenía mucho que aprender de ellas, su principal enseñanza fue reconectarme de nuevo con los recuerdos de mi niñez. Encontrarme de nuevo con Juana Paula y las mujeres de mi familia para construir nuevas subjetividades, nuevas maneras de ser mujer, y nuevas maneras de vivir procesos de adaptación en situaciones de migración, encontrando pares femeninos para hacer de la vida una experiencia vivible y bella desde las prácticas textiles.

Estas mujeres andinas de Perú, me recordaron la fuerza espiritual escondida detrás de lo bello del tejido y me permitieron resignificar mi experiencia estética con este arte, relegado muchas veces a oficio o a artesanía producida por mujeres en la pobreza para darle nuevos significados pero sobre todo, para reflexionar sobre el arte textil desde la filosofía de la estética de la existencia. Se enriqueció mi espíritu en contacto con nuevas texturas y colores naturales de las lanas vírgenes, como la lana de alpaca y la lana de ovejo o cordero pastoreados en la zona de Huancavelica.

Todo era nuevo para mí en los andes peruanos, sobre todo la suavidad y la ternura de la lana de alpaca y más aún de la dulzura de la lana de alpaca bebé que quedaron como huella en el alma. La lana de cordero, menos

suave pero más caliente y abrigadora era el material principal de la indumentaria de este lugar situado a 3600 metros de altura, rodeado de montañas enormes que en el idioma quechua se llaman “Apu” o “señor” ya que para estos pueblos indígenas del Perú, las montañas son seres vivientes y guardianes o entidades espirituales.

Conocí en los andes peruanos mujeres parecidas a mí, a Juana Paula, a mi abuela Rosario, a mi madre Celina. Mujeres laboriosas con los hilos y las agujas, las lanas y los colores. Todas ellas mujeres, sosteniendo en sus hombros a sus familias, con muchos hijos, sosteniendo su alma en el silencioso mundo del tejido, demostrando su amor con la laboriosidad de sus manos ásperas por el trabajo rudo y su cuerpo, cuerpo de mujer depósito de dolor, cuya función primordial es la de ser madre.

Ellas me conectaron de nuevo sobre la experiencia estética del arte textil, recordé a cada una de las mujeres de mi infancia. A las casas de mi infancia, a cada una de las máquinas de coser, también cada tesoro de telas, hilos y agujas propiedad de cada una de las mujeres de mi familia para construir sus propias historias. Allí recordé de nuevo, la casa de mi niñez en la que vivimos los siete hermanos con mi madre, con ella y su mundo que transcurría entre la escuela, el hogar y las labores textiles. La de la madre entera, completa, suficiente, que pasaba la mayor parte del tiempo sola con nosotros en casa, pues mi padre trabajaba en otro lugar cercano y no recuerdo exactamente con qué frecuencia venía a vernos.

Las mujeres de mi familia crearon un mundo con sus propias historias narradas con las telas, las agujas y los hilos. Ellas se hicieron fuertes y resistentes a medida que tejían, cosían o realizaban distintas labores textiles. Sumergidas en el silencio y la soledad, estas mujeres y madres se resistieron, junto a sus hijos, a la derrota y al olvido de sí mismas. La presencia del hombre como centro en las sociedades patriarcales como la nuestra,

en mis primeros años de vida, fue muy difusa, casi ninguna, de lo cual, yo, en mi mundo de niña no me di cuenta sino lo asumí como “el deber ser” o simplemente lo establecido como “normal”. Las mujeres en su mundo y los hombres en el de ellos.

Fue mucho más tarde cuando yo comencé a hacerme preguntas y darme mis propias respuestas sobre los roles masculinos y femeninos, reconociendo las prácticas textiles como modo de expresión y liberación contrarias a la sumisión. Reconociendo que gracias a esta tradición ancestral femenina practicada por las mujeres de mi familia, yo había adquirido una enorme fortaleza para sentir que estoy acompañada por miles de mujeres que como yo, se encuentran frente a los hilos y las agujas como espejos del alma, para mirarse a sí mismas y reconocerse en las otras.

La entereza de Juana Paula para nunca jamás volver atrás a la sombra de su esposo. Para dejar todo atrás, incluso a otros hijos en solidaridad con su hija, tiene a mi modo de ver, un ancla espiritual en encontrar lo bello y lo placentero en las prácticas textiles como medio de mitigación del dolor. La historia de soledad a causa de la escasa presencia del hombre continuó en las mujeres de mi familia, parece un patrón que persiste hasta hoy, al menos en mí, con la necesidad de ser repetido.

Recuerdo que era una sorpresa ver llegar a mi abuelo, en tiempos en los que no había teléfono, y menos internet para comunicarse. Era un secreto a voces que mi abuela Rosario no estaba casada y que mi abuelo tenía también otras familias paralelas. De manera que ellas, las mujeres de mi familia, para llenar estas ausencias se inventaron un hermoso y digno mundo sobre cómo ser mujer, se lo construyeron a partir de las agujas y los hilos, con telas y lanas, con colores y texturas para experimentar el amor, la belleza y una felicidad a la medida de sus ilusiones, dejando narradas sus historias en un tapete, mantel o cubre camas para guardar sus sueños con primor.

La sororidad entre las mujeres de la familia al interior de la casa, en la vida privada, mientras se realizan las prácticas textiles, provee de una sensación de acompañamiento silencioso el cual prevalece como identidad o sentido de pertenencia a una familia “única en el mundo”. En mi caso, a un lugar sencillo en los andes trujillanos de Venezuela en el que crecí al tacto con algún material textil, alguna seda, un algodón, organza o lino como material para crear mis sueños.

La sensación de un beso, un abrazo y el palpar de una tela con un relieve de bordado parecen ser una misma cosa en el campo de lo sensible. Tocar la tela, es cerrar los ojos e imaginar las tierras lejanas de donde fue traída, el barco, la travesía, o la evocación de mi niñez cuando soñaba con la ciudad de Caracas donde estaba la tienda de Sócrates, el acomodado inmigrante griego esposo de la prima de Juana Paula, dueño de tiendas de telas en la capital. No me hubiera imaginado nunca, que iba yo a conocer también esas tierras lejanas, y cuanto menos imaginé que iba a vivir en una gran ciudad como Berlín, con grandes mercados y grandes tiendas o mercadillos donde se consigue una inmensidad variedad telas e hilos para todos los gustos.

Otra mujer muy importante que modeló mi subjetividad y mi amor por los hilos y otros materiales textiles fue mi madrina Hilda. Ella fue verdaderamente un Hada madrina, quien convirtió su “varita mágica” en aguja de crochet para tejer historias y sueños. Mi madrina Hilda era una mujer laboriosa, cultivaba unas hermosas violetas y tejía largas historias en extraordinarios cubrecamas, recuerdo muy especialmente su dormitorio, era un verdadero primor cada estilo, cada color, cada textura de hilo y cada historia narrada.

Fue mi madrina Hilda, mi Hada madrina quien convirtió mis manos en manos educadas para sentir y apreciar lo bello del tejido. Fue ella quien me enseñó a tejer historias a crochet y con ella tuve mis primeras experiencias con

las agujas de ganchillo tejiendo mis primeros tapetes para la mesa o la cómoda de mi cuarto. Fue mi maestra principal junto a mi abuela Rosario, ellas me mostraron un maravilloso mundo, lleno de fantasía conjugando lo útil y lo bello en los elaborados tejidos. Mi madrina Hilda, también se inventó un digno mundo para ser mujer, ella también hacía honor a esas mujeres bastas y suficientes como las mujeres de mi familia pues vivía sola con sus dos hijos, su esposo vivía en otro lugar cercano por razones de trabajo.

Estas cuatro mujeres sustentan mi historia personal, ellas dibujaron mi subjetividad femenina y me enseñaron a crear el mundo en el que ahora creo y re-creo a partir de los materiales textiles; mujeres solas capaces de ser felices consigo mismas en complicidad con la aguja y los hilos. La obra tejida, bordada o cosida guarda sus historias, sus ilusiones, sus deseos más íntimos, algún dolor, alguna desilusión queda allí impresa en un primoroso tapete o cubrecamas. Mi madrina, el Hada de mis cuentos tejidos y yo, nos sentábamos por las tardecitas, después de la escuela a tejer a ganchillo. Ella era maestra al igual que mi madre y que yo más tarde cuando egresé del Pedagógico en la ciudad de Barquisimeto. Recuerdo las tardes cuando en la privacidad de su casa tejíamos juntas siguiendo los gráficos de una revista un poco vieja o raída.

La reflexión en torno a esta experiencia con los hilos y el tejido, se convierten hoy día en una experiencia estética, transformando lo cotidiano en elementos estéticos perdurables hasta hoy. Años más tarde y ya viviendo en esta tierra lejana de Berlín teje mis historias en el silencio y la soledad en la que el hombre como soporte masculino sigue estando ausente. En tiempos de pandemia, mi tejido cuenta la historia del miedo al virus, a la soledad y al aislamiento. Mi aguja ganchillo sirve de lápiz para contar mis experiencias como mestiza en una ciudad como Berlín. Recuerdo a Juana Paula, a Rosario, a mi madre y muy especialmente a mi hada madrina Hilda.

Ahora me encuentro de nuevo, basta y suficiente como las mujeres de mi familia, como mi hada madrina y convierto mi aguja ganchillo en cómplice de mis sueños, miedos y angustias. Me pregunto ahora, cómo habría llegado la aguja ganchillo a un pueblo tan olvidado, de una sola calle como mi pueblo de origen. La llegada del crochet a este pequeño pueblo andino Torococo es además motivo de curiosidad. Revisando sus orígenes, su historia proviene de pueblos antiquísimos que lo utilizaban para confeccionar sus prendas de indumentaria y abrigo mientras seguían el rebaño. Su origen es impreciso se cree que se originó en Arabia hasta llegar a España y a otros países del mediterráneo. Los franceses le llaman crochet, al igual que en Inglaterra, excepto la gente de habla hispana donde le llamamos ganchillo, en Alemania se llama *häckeln* y es practicada no solo por mujeres sino también por hombres, sobre todo en tiempos de pandemia covid-19 se hizo muy popular practicado en los espacios privados y con apoyo de internet.

El ganchillo a diferencia de las dos agujas, es una forma de tejer que se inicia con una cadeneta y se trabaja sobre un punto que se suelta para coger otro. La aguja de ganchillo es una aguja corta con un gancho en la punta que se clasifica por números según sea su grosor. En Perú las encontré exactamente igual a las que usé cuando niña en mi familia, pero en Berlín las adquirí muy sofisticadas, agujas de ganchillo ergonómicas, cómodas para su agarre y hacer del tejido una labor de muchas horas de dedicación.

Los proyectos elaborados a crochet se trabajan en series o hileras de ida y vuelta. La obra se realiza a partir de círculos o anillos centrales para crear figuras geométricas como un círculo, un cuadrado o hexágono que sirve como “motivo” creado en serie tantas veces como sea necesario para luego ser hilvanado y crear el mosaico de la obra final. Esta repetición es de carácter meditativo, ofrece sosiego a la mente y al espíritu. El tejer repitiendo las series, nos hace comprender que

la vida es una cadena de repeticiones, aciertos y errores, con la posibilidad de volver a tejer, destejer y hacerlo de nuevo una y otra vez hasta alcanzar la bella obra de arte que es nuestra vida, nuestra existencia.

El acto de destejer también es digno de reflexión. En mi caso, el destejer me anima a tener la capacidad de poder deshacer lo que he realizado con algún error. El destejer, me conecta con la aceptación y con el hábito de la resiliencia o capacidad para superar los errores de manera positiva, aunque en mis comienzos en el tejido me producía mucho enojo.

La valoración del tejido como una actividad humana que proporciona placer y posibilita la contemplación de lo bello, la convierte en una experiencia estética y la posibilidad de hacer de nuestra vida una obra de arte en la que la belleza no se centra en el objeto sino en el sujeto emergente del concepto de estética de la existencia planteado por Foucault, citado por Builes (2012), quien sostiene que el arte no se agota en los objetos y que la estética es convocada a ocuparse además de la exterioridad, al plano de las subjetividades sobre sí mismas, en los campos de lo íntimo, lo privado y lo público.

Foucault sorprende al plantear que el arte se ha enfocado en los objetos y no en los individuos ni en la vida, siendo una especialidad hecha sólo por los expertos en arte llamados artistas dejando abierta la interrogante ¿Por qué no podría hacerse de su vida una obra de arte?

En mi caso, una vez llegué a la ciudad de Berlín, el contacto con un idioma nuevo, muy extraño para mí, sumado al acontecimiento crítico a nivel mundial de la pandemia de Covid-19 la cual supuso meses de aislamiento, afloraron en mí el recuerdo guardado en la memoria sobre el tejido realizado por las mujeres bastas y suficientes de la familia y la necesidad de convertir la aguja o ganchillo en lápiz de narrar historias como lo hizo en su momento mi “hada madrina”.

Fue en este momento cuando se produjo en mí el retorno a la fuente de placer y de lo bello de mi niñez, la creación de una nueva realidad al interior de mi ser mediante el ganchillo. La construcción de un mundo digno para ser mujer en una situación adversa como es la migración a un país como Alemania lo cual siendo mi origen mestizo americano; supone poner la creatividad en funcionamiento, la creatividad como una alta capacidad de adaptación del ser humano. Cabe preguntarse, siguiendo a Foucault, ¿Por qué un objeto es una obra de arte y no mi vida?

Veo hacia el pasado, a las mujeres de mi propia vida y miro con admiración la obra de arte que hicieron de sus vidas, unidas por los hilos, al interior de sus casas y al interior de su ser, con la contemplación de lo bello de la vida plasmando en el tejido sus historias para trascender y hacer de la vida una experiencia vivible.

La estética de la existencia como categoría filosófica, siguiendo a Foucault, citado por Builes (ob. Cit) requiere de una decisión personal del sujeto con respecto a los criterios estéticos como fundamento filosófico que dan una finalidad o un sentido a la existencia humana, es decir que el sujeto sea capaz de valorar la necesidad del espíritu por la contemplación de lo bello y la experimentación del placer en la vida. Además, supone que el sujeto asuma la tarea de darse forma a sí mismo, considerando criterios de belleza no impuestos para la dominación sino creados por sí mismo con miras a hacer de la propia vida una obra de arte, una experiencia bella en lo cotidiano, un hábito personal que permita ver cada instante como una experiencia de goce de sí.

El sujeto de la estética de la existencia es capaz de valorarse a sí mismo y a los demás en cuanto a su fuerza creadora que deviene en múltiples formas desde la libertad como esencia inmutable que define su propio criterio de belleza, el cual puede ser disímil para unos que para otros. Mientras para unos lo bello es la actividad, para otros es la quietud, para

unos el saber, para otros el ignorar, para unos la lucha, para otros el diálogo y la paz.

El significado de la estética de la existencia se basa en la racionalidad estética como fundamento y finalidad de la existencia, a diferencia de la racionalidad instrumental, positivista y moderna derogando, sin desestimar, el “pienso, luego existo” por el sientto, pienso y creo (de crear). Esta categoría en Foucault, resignifica los procesos de conciencia y percepción de cada instante de la existencia mediante el cultivo de una mirada abierta frente a lo simple y lo cotidiano, para dar paso a lo sensual y lo erótico, entendiendo estos como la capacidad de complacerse en las sensaciones, percepciones y demás formas de la sensibilidad como acto de la conciencia.

La revalorización de la experiencia estética, por medio de los materiales textiles, en tiempos de covid-19 nos lleva a entender lo estético como un elemento propio e interno de nuestra condición humana de acuerdo a la tradición aristotélico-tomista que sostiene que lo *bello* es una de las propiedades trascendentales del ser. Además, de traer la experiencia de lo bello al plano de la cotidianidad de la vida, experimentable incluso en lugares remotos y olvidados como este pueblo andino de mis relatos, o de los pueblos andinos del Perú en los que las mujeres no tenemos oportunidades de visitar grandes museos y padecemos de exclusión cultural. Se trata de presentar la idea de lo *bello* como un acto humano, trascendente y común a todas las personas, especialmente desarrollado por las manos de mujeres que olvidadas de la civilización tejen, desde la estética de la existencia, para construir sus propias vidas como obras de arte; superando el estigma de la soledad para transformarla en su principal fortaleza, en sororidad con sus pares mujeres que se unen en el tejido creando para sí, un mundo digno para ser mujer.

Referencias bibliográficas:

Builes, M. (2012) *Un concepto foucaultiano: estética de la existencia*. Uni-pluri/versidad, Vol. 12, No. 1, 2012

Medellín, Colombia. Disponible: https://www.google.com/search?q=un+concepto+focouniano%2C+estetica+de+la+existencia&rlz=1C1CHBF_enDE902DE902&oq=un+concepto+focouniano%2C+estetica+de+la+existencia&aqs=chrome..69i57.17083j0j15&sourceid=chrome&ie=UTF-8

Foucault, M. (1994). *Hermenéutica del sujeto*. Ediciones de la Piqueta. Madrid. Disponible: <https://seminarioatap.files.wordpress.com/2013/02/foucault-michel-hermeneutica-del-sujeto.pdf>

Juliao C. (2021) “El relato autobiográfico: narrar la experiencia como ejercicio de escritura de sí mismo y construcción social de la realidad”. **Revista de Filosofía** Volumen 78 (2021) 79-95. Disponible: <https://revistas.uchile.cl/index.php/RDF/article/download/65668/68891/>

Montenegro, C. (2014) “Arte y experiencia estética: John Dewey”. **Revista Nodo** N° 17, Vol. 9: 95-105 Julio - Diciembre 2014. Bogotá, Colombia. Disponible: <http://archivos.liccom.edu.uy/Figuras/Dewey,%20John%20-%20EI%20arte%20como%20experiencia.pdf>

Ricoeur, P. (2006) *Sí mismo como otro*. Siglo XXI editores. Tercera edición. Madrid. España.

Ruiz, A (2014) *Escrito con el alma. El relato autobiográfico en la investigación social y educativa*. Disponible: <https://catedradocctoral.files.wordpress.com/2014/07/documento-leccc3b3n-111.pdf>

Stein, E. (2003). *Escritos antropológicos y pedagógicos*. (Segunda edición). Obras completas, IV. España: Editorial Monte Carmelo, El Carmen, Espiritualidad.